

UNA LUZ EN LAS PAMPAS

Raúl O. Fradkin*

A la memoria de Juan Carlos Grosso

Debo confesar que cuando Andrea Reguera me propuso escribir unas líneas acerca del *Anuario* dudé mucho en aceptar. Ante todo, porque la variedad de temáticas y perspectivas de las cuales dan cuenta las colaboraciones contenidas en sus páginas en los 19 números que tengo delante de mi computadora y a las que tan frecuentemente acudo, es de tal amplitud que me invalida (e intimida) para hacer una evaluación de su contribución al desarrollo de la historiografía en la Argentina. Por otra parte, la historiografía y sus modulaciones, no es mi especialidad aunque sí una recurrente preocupación. Por último, porque esta generosa e inmerecida ocasión (que deviene seguramente de los largos años de relación que por suerte he podido mantener con la revista y su equipo editor) me obligaba a escribir sobre el producto de un trabajo colectivo realizado por gente a la que respeto, valoro y aprecio.

Pues bien: igual decidí aceptar. Pero no podía hacerlo sin precisar el lugar desde el cual fueron escritas las líneas que siguen: no encontrará aquí el lector un análisis riguroso resultado de una investigación sistemática sino tan sólo los pareceres de otro lector asiduo de la revista. Pero sabido es que el lector es un personaje que tiene sus complicaciones. Él decide si sigue o no leyendo, y cuando; mira, juzga, aprecia, valora, rechaza, aprueba o elude sin dar demasiadas explicaciones al respecto. En este caso, este lector es lo suficientemente cercano al *Anuario* como para poder sentir los latidos que transmite ese organismo vivo y tan peculiar que es una revista pero también lo suficientemente ajeno como para observar lo que los editores ofrecen con cierta distancia aunque no con indiferencia. En esta ocasión este lector tratará de contestar dos preguntas: ¿qué nos dicen los diecinueve primeros números del *Anuario* acerca de lo sucedido en nuestra historiografía y hasta qué punto el *Anuario* ha contribuido a esos resultados?

En busca de las respuestas a estos interrogantes creo importante partir de un reconocimiento básico y preliminar. La Argentina tiene una larga tradición de revistas en torno a las cuales se imaginaron proyectos y se tramaron muy diversas formas de articular cultura y política. No puedo siquiera intentar aquí una evaluación de esta rica tradición pero sí destacar que en las más significativas e influyentes de estas revistas la historia ocupó un lugar relevante contribuyendo a desarrollar un género que como el ensayo

* Universidad Nacional de Luján / Instituto Ravignani, Universidad de Buenos Aires. Dirección Postal: 25 de Mayo 217, 2º piso (1002), Capital Federal, Argentina. Correo-e: rfradkin@laboheme.com.ar

canalizó las más audaces y creativas interpretaciones de ese pasado. Más aún, es posible reconocer que algunos de los movimientos de renovación de la propia historiografía en buena medida se fueron gestando, pensando (o, aunque más no sea imaginando) en el espacio que conformaron algunas de esas revistas. Y que esas revistas fueron de política y cultura. Al menos tres ejemplos tomados del último medio siglo pueden ser invocados (entre no muchos otros) para sostener este argumento. Ejemplo 1: en los años '50 la revista *Imago Mundi* (en la que tuvieron intervención J. L. Romero y T. Halperín Donghi), aparece como el espacio de gestación de parte de las innovaciones que vinieron a traer nuevos (y limitados) aires de renovación a la historiografía argentina durante los '60. Ejemplo 2: en la corta pero influyente historia de *Pasado y Presente* (en los primeros '60 y su continuación en los *Cuadernos*) no puede dejar de encontrarse algunas de las ideas matrices de la mejor y más renovadora historia producida desde los '70.¹ Ejemplo 3: en una revista surgida en las catacumbas como *Punto de Vista* se encuentran las formulaciones iniciales de algunas de las nuevas formas de hacer historia apenas la última dictadura llegó a su fin.² Estos ejemplos sugieren que los movimientos de renovación historiográfica del último medio siglo emergieron como productos de proyectos culturales gestados en forma autónoma a las instancias institucionales o universitarias (cuando no en abierta oposición a ellas) y que aunque no estaban centrados en la historiografía no pudieron dejar de incluirla e impactarla. En contraste: esta tradición editorial coexistió con otra (muy poco venerable, por cierto) de publicaciones institucionales de historia en las cuales sólo muy ocasionalmente era posible hallar alguna evidencia de renovación y creatividad y hasta los años '80 este tipo de revistas tuvieron una existencia signada por la atonía o la inestabilidad. Había, sin embargo, una notable excepción: una revista como *Desarrollo Económico* que sin ser específicamente de historia cobijó algunas de las más novedosas contribuciones historiográficas adquiriendo una calidad y una estabilidad a la que no puede compararse ninguna publicación universitaria. Quizás (seguramente) no podía ser de otro modo apenas se rememoren los avatares por las que estas instituciones pasaron.

Este punto de partida ayuda a precisar las novedades que contienen las páginas del Anuario y que se presentan como un signo claro de los nuevos tiempos que se abrieron a mediados de los '80. En contraste con las experiencias previas la renovación historiográfica se introdujo firmemente en las instituciones universitarias y se propagó desde ellas (aunque, demás está decirlo, con muy desigual intensidad). Y este cambio se operó en un contexto de conflictividad también muy desigual pero que, visto en perspectiva, fue menos intenso de lo que en aquellos momentos podía parecer.³ Es que un dato de la

¹ Piénsese tan sólo en los vínculos diferentes pero indudables que con esa experiencia mantuvieron entre otros C.S. Assadourian, A. Arcondo, J.C. Chiaramonte, J.C. Torre, J.C. Garavaglia o E. Tándeter y se tendrá una idea aproximada de su incidencia.

² En torno a ella y con diferente grado de compromiso intervinieron toda otra camada de historiadores como H. Sábato, L.A. Romero, C. Altamirano, O. Terán, entre otros.

³ Las Jornadas realizadas en Paraná en 1988 por el Comité de Ciencias Históricas son una prueba de lo que estamos diciendo. Alcanza con relevar el listado de nombres que integraban el Comité Argentino y, sobre todo, el índice de la publicación para advertir la impensable pluralidad que podía coexistir y si se atiende a la organización de las secciones y sus participantes se podrá advertir como ya se estaban delineando las líneas de renovación pero también la persistencia de formas de hacer historia que habían primado en los años negros de la dictadura: cf. *Historiografía Argentina, 1958-1988. Una evaluación crítica de la producción histórica nacional*, Buenos Aires, Comité Internacional de Ciencias Históricas, Comité Argentino, 1990.

nueva situación era, sin duda, una posibilidad de convivencia anteriormente impensable. Pero ella tal vez no expresaba tanto la maduración de un campo disciplinar como una notable reducción de la intensidad de sus debates y, sobre todo, de su significación fuera del campo historiográfico.

La novedad mayor fue, sin duda, que se abrió un período de notable ampliación y multiplicación de la producción histórica, que ella adquiriera niveles mínimos de calidad y que fuera el resultado de un arraigo sin precedentes en las instituciones universitarias y científicas. Directamente vinculado a este notable cambio en las condiciones de producción del saber histórico se produjo la proliferación de revistas de historia. Algunas eran publicaciones con una tradición mayor que iniciaban una nueva época; otras, eran nuevos emprendimientos institucionales. Unos y otros, sin embargo, compartieron las vicisitudes de una vida universitaria más inestable y precaria de lo que sugiere la estabilidad institucional y las afrontaron con disímiles capacidades. Además, e inscribiéndose en una tradición mayor aparecieron también revistas de historia editadas por colectivos que aunque sus miembros formaban parte del sistema universitario desplegaron sus proyectos editoriales en forma autónoma, como *Entrepassados* o *Prohistoria*. En consecuencia, la renovación historiográfica se canalizó en buena medida dentro de marcos institucionales y en revistas que en su mayoría eran también institucionales. En otros términos, en esta fase los intentos renovadores no eran resultado de proyectos político-culturales más vastos sino iniciativas ancladas en las lógicas internas de la disciplina.

El Anuario es parte de este proceso de inscripción y multiplicación de los ámbitos institucionales de práctica historiográfica, aunque me parece que expresa algo más que una versión específica de una situación más general. A lo largo de sus primeras diecinueve e ininterrumpidas apariciones la revista fue acrecentando su consistencia pasando de ediciones iniciales de tres centenares de páginas a casi duplicarlas. Más claro aún es otro dato: de aquellas ediciones que rondaban la decena de artículos, los últimos números ofrecen a veces hasta casi una treintena. Estabilidad, regularidad y acrecentamiento son entonces parámetros cuantitativos claros de un fenómeno casi milagroso para las revistas universitarias de historia en la Argentina. Sin embargo, estos datos están lejos de poder ofrecer un panorama de la significación de la revista.

El primer número apareció en 1987 y lo hacía en una de las universidades nacionales formadas hacia los años '70 pero que recién después de 1983 pudieron ir adquiriendo verdadera condición de tales. Venía a expresar la conformación de un grupo de investigadores en un nuevo ámbito institucional, el IEHS formado un año antes.⁴ Se trataba, entonces, de una revista de historia que surgía en un ámbito académico que no tenía que lidiar con tradiciones muy arraigadas pero que también estaba fuera de las grandes instituciones. Aún sin conocer adecuadamente la historia íntima de esta construcción, el lector no puede dejar de postular que estas mismas debilidades pareciera que se transmutaron de algún modo en ventajas en la medida que el grupo editor supo aprovecharlas en forma inteligente. Sin embargo, al repasar la composición inicial de este grupo se advierte que ese colectivo lejos estaba de expresar un único modo de pensar la historia y más bien se trataba de un conglomerado heterogéneo que pese a su pluralidad compartía una serie de consensos básicos. Esos consensos eran justamente los que esta-

⁴ En la presentación del N° 15 Eduardo Míguez ha hecho una sucinta pero jugosa crónica del proceso de gestión del instituto y el Anuario.

ba evidenciando el nuevo momento de la historiografía pero en cierto modo aquí aparecen en forma más acusada.

Ante todo, el Anuario expresó la firme convicción en las posibilidades de conformar un ámbito historiográfico signado por la pluralidad de perspectivas. Por tanto, la revista no era la expresión de un proyecto político y cultural sino, a lo sumo, un grupo que compartía algunos criterios básicos acerca de la universidad pública y muy probablemente también una aspiración acerca del lugar que en ella pudiera adquirir la historia. Pruebas al canto: a mediados de 1992 en la presentación del N° 6 (1991) los editores debían reiterar sus pedidos de disculpas por el atraso con que el volumen aparecía, lo atribuían a la “grave crisis del sistema educativo argentino” y creyeron necesario reafirmar la voluntad de continuar la publicación a partir de una posición de principios: “nos impide abandonar el optimismo la confianza en un proyecto universitario” al que describían postulando “que la Universidad no puede ser sólo una mera reproductora de profesionales, sino que debe ser un centro de producción de conocimiento científico”.⁵

No hace falta demasiado análisis para advertir las incertidumbres que en aquellos años inestables debían aquejar al grupo editor y a su confianza en las posibilidades mismas del proyecto que habían emprendido. El modo en que el Anuario fue capaz de sortear los desafíos e incertidumbres que los años '90 trajeron consigo y que ello pudiera hacerse en un contexto de fuertes restricciones me parece que debe ser destacado. A pesar de ello, la revista no sufrió caídas en su calidad ni alteraciones profundas en sus atributos distintivos, supo aprovechar algunas de las posibilidades que continuaban existiendo y llegó al cambio de siglo –y a otra de las crisis decenales a las que la Argentina nos tiene acostumbrados– con entidad suficiente como para también poder superarla y obtener un reconocimiento externo que pareciera asegurar su futuro o, al menos, su financiamiento.⁶ Para entonces también otro logro era evidente: el IEHS y el Anuario afrontaron estas vicisitudes mientras que vivían un importante recambio en el plantel de investigadores del IEHS y una nueva camada de ellos, formados en el propio ámbito que el IEHS había conformado estaba en condiciones de hacerse cargo de la dirección de la revista. Decirlo resulta mucho más sencillo que lograrlo y en este aspecto también la experiencia tandilense destaca en el contexto universitario argentino.

Para ser aún más explícito en el argumento me parece importante resaltar que la evaluación del Anuario no puede hacerse sin considerar estas dimensiones. Ellas conforman el terreno en el cual la revista no sólo ha sido posible sino que adquiere su significación más emblemática y que quizás es más claro para quienes podemos observar la experiencia desde cierta distancia que para sus propios protagonistas. Desde esta perspectiva el Anuario se presenta como el producto de un esfuerzo colectivo y pluralista que ha podido sortear desafíos y acechanzas y darle continuidad y desarrollo a una revista de historia de rango internacional al tiempo que era el emergente de un espacio de trabajo institucional inusualmente sólido para el contexto argentino.

He destacado antes aquella presentación del N° 6 debida a la pluma del inolvidable Juan Carlos Grosso porque me parece que sintetiza bien una de las dimensiones de esta

⁵ Anuario IEHS, N° 6, 1991, p. 9.

⁶ Me refiero al premio instituido por iniciativa de un grupo de intelectuales argentinos radicados en Estados Unidos y que se propuso venir en auxilio de esta auténtica novedad operada desde 1983, como son las revistas académicas de Historia y Ciencias Sociales: ver *Anuario IEHS*, N° 19, 2004, p. 9.

peculiar combinación de tradición e innovación que contiene la experiencia del Anuario. Ella remite, sin duda, a la íntima relación que mantiene esta experiencia finisecular forjada en el medio de las pampas con aquella renovadora época de la historia y las ciencias sociales vivida en los primeros '60 en la UBA y que convierten al Anuario en uno de sus frutos postreros y por entonces inimaginables. Y ello permite situar con claridad las referencias básicas en la gestación del Anuario en el contexto historiográfico argentino. Dichas referencias se revelan con claridad apenas se consideren los homenajes que la revista ha brindado desde sus páginas y en los cuales el grupo editor postuló filiaciones y buscó, por qué no, legitimación. El primero de estos homenajes, como no podía ser de otro modo, fue a José Luis Romero en el N° 2 (1987). El segundo (N° 3, 1988) a Ruggiero Romano. El tercero (N° 5, 1990) a Alberto Rex González. El cuarto (N° 9, 1994) a Carlos Sempat Assadourian. El quinto (N° 10, 1995) a José C. Chiaramonte y a quién en el N° 17 (2002) se lo vuelve de algún modo a reconocer con motivo del Doctorado *Honoris Causa* que le otorgó la UNCPBA. En el N° 11 (1996) encontramos dos homenajes: uno, imprevisto y doloroso, al lamentablemente fallecido Juan Carlos Grosso, y otro que podemos considerar el sexto homenaje previsto a Tulio Halperín Donghi. Los nombres demarcan así un mapa de referencias y filiaciones y la impronta de una tradición —más que de una escuela— que buscaba desplegarse en un contexto nuevo y sustancialmente distinto.

Es en torno a ella que parecen haberse forjado unos consensos que —insisto— eran principalmente historiográficos pero también universitarios y sugieren que existía una confianza acerca de las posibilidades que para la disciplina se habían abierto a mediados de los '80 aunque al comenzar los '90 ella pudiera aparecer en jaque. Esa confianza, que era parte de un fenómeno más general que recorría a la disciplina, no devenía de una legitimidad externa al propio campo historiográfico sino en las que éste brindaba. Visto en perspectiva, algo resulta bien claro: suponía una firme convicción acerca de las posibilidades de actualización de los modos de hacer historia así como de que era deseable, posible (y hasta se diría perentorio) sacar a la historiografía argentina del ensimismamiento provinciano en que se había desenvuelto para abrirla a los aires del campo internacional.

Dicha apertura debía hacerse a través de una combinación de renovación de temas, enfoques y métodos basado en un diálogo intenso con la historiografía internacional y que pudiera derivar en un replanteo de las formas tradicionales de hacer historia en el país. Un programa editorial inspirado en estas premisas se tradujo en una inusual apertura de la revista a autores y temáticas no argentinos y a un intento sostenido por lograr una internacionalización de las formas de hacer historia en Argentina. Lo notable aquí no es tanto esta inspiración (o si se prefiere esta pretensión), sino el modo persistente con que se llevó adelante y que configura el rasgo distintivo de la revista a lo largo de sus primeros diecinueve números. Más notable aún si se considera que era producido en una universidad situada lejos de los grandes centros. Se evidencia así la inteligencia del grupo editor para construir consensos locales y aprovechar intersticios institucionales. Quizás también una infrecuente inteligencia de las autoridades universitarias para apoyar o, al menos, no obstaculizar (como suele ser habitual en nuestro medio) un propósito de este tipo.

El propósito de transformar una nueva revista de historia surgida en un desconocido centro universitario situado fuera de las grandes capitales y de las universidades tradicionales en una publicación de calidad y rango internacional aparece como una marca

indeleble en la trayectoria del Anuario. Y, aunque el primer número era casi exclusivamente una presentación en sociedad del grupo que había conformado el IEHS ya manifestaba “la idea de llevar adelante una publicación que permitiera desarrollar la problemática de lo histórico-social en un sentido amplio, ofreciendo además un ámbito de comunicación entre nuestro Instituto y quienes en este ancho mundo se preocupan por temas similares”.⁷ La estrategia parece haberse desplegado en dos planos complementarios. Por un lado, abriendo las páginas de la revista a autores extranjeros; por otro, transformando temas y problemas de la historiografía internacional en secciones centrales de algunos (varios) volúmenes. Ello parece haber sido posible, al menos inicialmente, al apelar a una intensa movilización de vínculos individuales que fueron transformados en una suerte de “capital social” del propio Anuario. El grupo editor era plenamente consciente de su peculiar ubicación y ya en el N° 3 (1988) resaltaba que era “una revista nacida y hecha en Tandil” aunque ya por entonces un 48% de las colaboraciones provenían de investigadores externos al IEHS. Más aún, en el N° 15 (2000) se presentaba un balance según el cual un 25% de los autores provenían del IEHS, un 39,4% del resto de la Argentina y un 35,6% de otros países y se sostenía que siempre se había tratado de “ampliar nuestra cobertura fuera de la Historia Argentina, en especial, naturalmente, hacia América Latina y España”⁸ o, como se enfatizó al año siguiente, se trataba de “Nuestra voluntad de hacer del anuario una revista de espíritu internacional”.⁹ Las proporciones de los orígenes de los autores se han mantenido en los números siguientes y confirman la persistencia de una política editorial que, a su vez, se manifiesta en que más de un 30% de los artículos no han tenido como foco de atención a la Argentina y, significativamente, que más de un 20% se hayan ocupado de muy diversos temas y regiones de América Latina.

No sé si esta proporción era la esperada por el grupo editor pero lo cierto es que los resultados parecen ser deliberados dado que muy tempranamente la revista proclamaba que “Esta apertura hacia latinoamérica es también una política deliberada del Comité Editorial y esperamos poder mantenerla en futuros números de la revista”.¹⁰ La estrategia parece haber sido exitosa dado que en el N° 5 (1990) los editores se congratulaban del reconocimiento obtenido en “los medios vinculados a los estudios latinoamericanistas” al tiempo que convocaban a la presentación de artículos a una revista que —según definían— “aspira a reflejar, con un espíritu amplio y crítico, los temas y debates presentes en la historiografía latinoamericana”.¹¹ Esta aspiración quedó claramente demostrada en el N° 7 (1992) dedicado a la conmemoración de los 500 años de la llegada de Colón o en la sección que se incluyó en los N° 10 (1995) y N° 11 (1996) titulada “Resistiendo la civilización o desdeñando el progreso”.

Creo que conviene volver a los primeros números para evaluar mejor el itinerario del Anuario al tiempo que ellos mismos sirven también para situar el clima historiográfico imperante y el posicionamiento del grupo editor. El N° 1 apareció organizado en dos

⁷ Anuario IEHS, N° 1, 1986, p. 7.

⁸ Anuario IEHS, N° 15, 2000, pp. 7-11.

⁹ Anuario IEHS, N° 16, 2001, p. 10.

¹⁰ Anuario IEHS, N° 2, 1987, p. 8.

¹¹ Anuario IEHS, N° 5, 1990, pp.7-8.

secciones de cuatro artículos cada una definiendo una política editorial que se transformó en marca identitaria de la publicación y que ha tornado en memorables algunos números para distintos espacios de interés. Una de esas secciones se titulaba “Estudios sobre el mundo rural”: se proponía que fuera indagado “en el sentido más amplio posible” y se proponía que se transformara en “una sección permanente”. Creo que puede mirarse esta sección del número fundacional al menos desde dos perspectivas. Retrospectivamente debe reconocerse que estos propósitos fueron mantenidos como orientaciones básicas de la política editorial y que en buena medida han sido cumplidos. Contextualmente, nos dice mucho de los modos en que se estaba produciendo la renovación historiográfica a mediados de los '80 y en qué medida se venía a saldar cuentas con la tradición historiográfica preexistente a través de un evidente cambio en los enfoques y los interrogantes. La otra sección, “Estado y política en la Argentina” refuerza también esta combinación de tradición e innovación y anunciaba un rasgo distintivo del desarrollo historiográfico posterior al punto que fue presentada como respondiendo a la necesidad de que “Una vuelta problematizada a la historia política se vuelve hoy una tarea indispensable”.¹²

No vale la pena abrumar al lector con una larga y variada enumeración de los temas tratados en las secciones aparecidas en los diferentes números, a la que fácilmente puede accederse con una consulta a los índices del Anuario. Sin embargo, sí puede ser conveniente indicar algunos de sus rasgos. En primer término, que estos dos ejes temáticos que hemos señalado (la historia del mundo rural y de la política) mantuvieron un lugar relevante y en varias secciones de la mayor parte de las ediciones. Ahora bien, una observación de ellas permite muy rápidamente advertir que la permanencia estuvo lejos de significar inmovilismo y, si se repasan con atención, pueden registrarse las nuevas formulaciones y abordajes que se han ido desplegando en estos campos de interés. En cuanto a los estudios sobre el mundo rural, si bien mantuvieron un lugar preeminente dos momentos (la fase tardocolonial y la fase de la gran expansión de fines del XIX) también puede verse la importancia creciente de los estudios del siglo XIX y el pasaje de una historia agraria a una historia rural cada vez más vasta y más entrecruzada con otros campos historiográficos. A su vez, si en los primeros números la historia indígena aparecía en cierto modo subsumida dentro del amplio campo de los estudios del mundo rural, la organización posterior de las secciones muestra que fue cobrando mayor autonomía y diferenciación, como puede verse consultando los N° 9 (1994) o en el N° 11 (1996). Por su parte, las secciones dedicadas a la historia política ofrecen un panorama de creciente apertura y diversidad de temáticas como puede verse, por ejemplo, en el abordaje de las ideas políticas en los números 15 (2000) y 16 (2001).

Este repaso no puede obviar otras líneas en las cuales las páginas del Anuario contienen importantes contribuciones. A modo de ejemplo, cabe señalar el lugar que ocuparon los estudios de la población y, en forma recurrente, también los de historia económica en un sentido más estricto.

A estas secciones temáticas que de algún modo fueron matrices se fueron agregando otras en las que pueden registrarse buena parte de las novedades historiográficas producidas en la Argentina en estos 20 años. Por ejemplo, ya en el N° 5 (1990) se incluía

¹² Anuario IEHS, N° 1, 1986, pp. 7-8.

una sección dedicada a las relaciones entre “Estado, Iglesia y Sociedad” y otra a las relaciones entre “Género e Historia” y ambas temáticas tendrán varias veces su lugar en ediciones posteriores. Junto a ellas, el lector encontrará en algunos números algunas secciones destinadas a poner en circulación novedades completas en nuestra historiografía. Entre ellas parece imposible soslayar las secciones dedicadas a la historia de la estadística, la economía institucional y el análisis del honor incluidas en el N° 14 (1999), a los estudios sobre familia y patrimonio en el N° 16 (2001) o los estudios de la historia ambiental o del antifascismo que se reunieron en el N° 19 (2004). La sola enunciación de estos ejemplos ofrece un claro signo de la variedad de temáticas que ha ido abordando la historiografía en la Argentina y del lugar del Anuario en su circulación. Pero este registro quedaría incompleto si no señalara que también desde estas páginas se dieron a conocer algunos trabajos que tuvieron notable influencia en las formas en que se desarrollaron las innovaciones en varios campos historiográficos y cuya consideración nos vuelve a mostrar el éxito alcanzado en aquel primigenio propósito de hacer en Tandil una revista de rango internacional. Con dos ejemplos alcanza. Me parece indudable que el artículo de François-Xavier Guerra en el N° 4 (1989) fue central en la renovación de los estudios de la política en la transición del orden colonial al republicano y que el de Eric Van Young (incluido en el N° 2, 1987) inspiró en buena medida la renovación de la historia regional. Quizás una influencia análoga estén teniendo los trabajos reunidos en la sección del N° 15 (2000) dedicada a evaluar los estudios de los grupos sociales. Pero, no menos importante, es que el Anuario haya dedicado en el N° 13 (1998) una de sus secciones a la discusión del estado de la enseñanza de la historia en Argentina; esta contribución, si bien puede considerarse como escasa y limitada, se destaca porque no ha sido preocupación de la mayor parte de las revistas institucionales de historia cuando muy probablemente sea uno de los principales problemas a los que deberíamos atender.

Como habrá podido observarse el Anuario ha sido parte importante de la renovación del quehacer historiográfico en la Argentina de las últimas dos décadas. En sus páginas pueden registrarse los cambios, los atributos y los modos en que el oficio se practica en nuestro país y las formas en que se vincula a la historiografía internacional. Pero me parece que lo dicho permite afirmar que el Anuario no sólo ha reflejado a esa historiografía sino que ha sido un ámbito en el cual los impulsos renovadores encontraron su espacio y desde el cual se diseminaron propuestas y contribuciones. Pero en la medida en que el Anuario es parte central de la actual historiografía argentina no puede sino también compartir algunos de sus rasgos que no son en mi opinión siempre positivos.

En sus comienzos parece haber sido una pretensión del grupo editor acicatear la polémica y el debate. No puedo aquí dejar de destacar por afinidades temáticas y personales la que fue, sin dudas, una memorable discusión como aquella planteada en torno al gaucho en aquel imprescindible N° 2 (1987). Digo imprescindible porque en este número se pueden ver con notable claridad varios de los rasgos que he atribuido aquí al Anuario. Sin embargo, este número (y sobre todo a través de aquella polémica) pareciera ser el que quizás logró plasmar mejor el propósito de renovación e impulso de los modos de hacer historia en Argentina. La polémica giraba sobre un tema francamente tradicional y, si se quiere, trillado y quizás por ello el debate tuvo la repercusión que logró. Pero, además, el tono del debate era franca y abiertamente polémico pero efectuado desde contribuciones sólidas basadas en investigaciones serias y sistemáticas. Estos rasgos

transformaron a estas páginas en una *rara avis* dentro de nuestras publicaciones de historia. Ahora bien, si confiamos en las palabras de presentación, esta faceta polémica era pensada como un modo de introducir una práctica mucho más frecuente en el ámbito internacional y que los editores proclamaron entonces que “se incorpora desde ahora a los sucesivos números”. ¿Hasta qué punto este propósito fue realmente plasmado? Me temo que aquí se ubique el mayor “debe” de este balance.

Conviene registrar que en el mismo número los editores ya confesaban sus dificultades y en esa misma presentación afirmaban que “la última sección es, nuevamente, la dedicada a las notas críticas. Y debemos confesar que, pese a nuestros redoblados esfuerzos, nos resultó enormemente difícil llevar a buen puerto esta sección de la revista”. Arriesgaban, a propósito, una posible explicación: “La falta de todo serio ejercicio de la crítica parece ser ya una malformación congénita de nuestros ambientes académicos e intelectuales” y encontraba en los “años de autoritarismo” las causas posibles de “esta peculiar ‘atonía’ crítica del mundo universitario”.¹³ Años después, Luis A. Romero anotaba un cierto malestar en nuestro ambiente historiográfico, intuía que se estaba haciendo “excesivamente conformista” y registraba una “pobreza de nuestros debates”; entre sus manifestaciones destacaba que los libros importantes que habían aparecido no habían recibido la consideración crítica que merecían y las dificultades que encontraba cualquier editor de revistas para encontrar quienes hicieran reseñas que no fueran una “descripción complaciente”.¹⁴ Como vemos, se trata de un problema general, y aunque el Anuario era consciente de él no parece haber estado en condiciones de superarlo. Si bien en los N° 5 (1990) y N° 6 (1991) parecía que se consolidaba la sección “Debate e Historiografía” y los editores proclamaban que su “objetivo es abrir un espacio de crítica y reflexión historiográfica que consideramos indispensable para consolidar la madurez de nuestra disciplina”,¹⁵ la sección de debates apareció sólo en algunos de los números posteriores. Podrá argumentarse que esta ausencia fue suplida por las reseñas pero creo que no es lo mismo y que esta dificultad expresa rasgos generales del panorama historiográfico que no son sólo atribuibles al Anuario pero que también le atañen.

La cuestión tiene una dimensión más problemática pues remite a las posibilidades mismas de desarrollo de una historiografía con desacuerdos elusivos y debates obturados. Recientemente Tulio Halperín Donghi ha hecho referencia a ella, y al tratar los desarrollos que ha tenido la historia política señaló que “desde hace ya años asistimos a un debate no siempre larvado entre quienes deploran que la vigorosa expansión hoy en curso en nuestra disciplina no se apoye en una más precisa agenda de temas y problemas y quienes niegan que ello suponga una carencia seria”.¹⁶ Me inclino claramente por aquellos que se sitúan en la primera alternativa aún a sabiendas que dicha agenda no puede ser el resultado de una voluntad individual y sólo podrá emerger como una creación colectiva generada a través de un debate franco y abierto. Lo dicho, entonces, apun-

¹³ Anuario IEHS, N° 2, 1987, pp. 7-8.

¹⁴ Luis A. Romero, “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”, *Entrepasados. Revista de Historia*, Año V, N° 10, 1996, p. 105.

¹⁵ Anuario IEHS, N° 6, 1991, p. 10.

¹⁶ Tulio Halperín Donghi, “El resurgimiento de la historia política: problemas y perspectivas”, en Beatriz Bragoni, *Microanálisis. Ensayos de historiografía argentina*. Buenos Aires, Prometeo Libros, 2004, p. 26.

ta a registrar una promesa incumplida del Anuario, que hace referenciá al ánimo con que fue emprendido como emprendimiento editorial y pretende también situarlo dentro de una problemática que lo engloba. Espero que los amigos del Anuario no tomen a mal esta observación pues (para decirlo con palabras de un autor que conocía bastante las pampas donde ha surgido el Anuario) no ha sido hecha para mal de ninguno, sino para bien de todos.